

## LA LECTURA EN VOZ ALTA

**Destinatario: Profesorado**

**Actividad: Foro de reflexión**

**Estrategias de lectura**

**Realización de actividades con el alumnado**

Aunque se trate de una actividad escolar tradicional, hasta cierto punto estigmatizada como recurso rancio o reaccionario, leer en voz alta no es malo —como tampoco lo es memorizar, traducir o saber gramática—. Pero lo cierto es que en la actualidad la lectura en voz alta se ha relegado a un lugar marginal del trabajo de aula, o se ha eliminado por completo, y se ha dado más importancia a la *lectura silenciosa*, por una parte, y a la *dramatización*, por otra.

Hay una dimensión fónica del texto escrito. El texto escrito parece un artefacto visual, pero no lo es. Solo engañosamente visual, pues la ortografía es una sucesión de trazos que, tradicionalmente, hemos aprendido a escribir dibujando signos, y creemos que aprender a leer es aprender a mirar. Sin embargo, una página escrita no es un objeto que miremos como se mira un cuadro. En un cuadro, la mirada es global, y los significados —si los hay— se nos ofrecen de una vez, de un modo transparente e inmediato. En cambio, un texto escrito no puede comprenderse de una vez, sino que impone en el lector una estrategia lineal: *leer un texto no es como mirar un cuadro, sino como oír a alguien*. El texto escrito es un artefacto auditivo, pero incompleto, y el lector debe suplir las carencias del medio gráfico en que se han cifrado. El lector necesita reproducir el texto, pronunciarlo en su imaginación, para entenderlo.

En un texto escrito hay una entonación implícita que el lector debe saber recrear durante el proceso de lectura. Cada acento de frase está ahí, pero no hay ninguna marca formal o gráfica que ayude a identificarlos; la organización del texto puede orientar al lector, pero este necesita un entrenamiento específico que lo capacite para darse cuenta de cuáles son, segmentar así en bloques de discurso y, más aún, dar a cada uno una inflexión tonal apropiada. Solo un entrenamiento formativo adecuado puede capacitar al lector para ello. En el discurso oral la entonación viene dada por el hablante, y el oyente únicamente ha de estar atento a las inflexiones para localizar los grupos fónicos de sentido; en el texto escrito, en cambio, el lector ha de suponer, imaginar, recrear, reponer la entonación del discurso, como paso previo para poder entender incluso el mensaje más trivial. El texto escrito, por tanto, en sí mismo es un artefacto incompleto que necesita de un lector competente que lo interprete y le dé sentido. Un texto escrito, en sí mismo, no suena, pero el lector competente debe *oírlo*. Podemos llamar *mediación fónica* a esa operación que realiza el lector completando el texto escrito, atribuyéndole una estructura fónica adecuada para identificar sus unidades nocionales. Esta operación mediadora texto-lector consiste, como se ha dicho, en oír el texto, interpretando su entonación, agrupando en la imaginación las palabras que, aunque en el texto escrito están todas al mismo nivel y linealmente dispuestas, constituyen grupos de pronunciación unitaria, con una misma entonación y un significado conjunto. Esta interpretación tiene algo de semejanza con la interpretación teatral, e incluso con la interpretación musical, aunque no se trate

de una operación artística: se trata, simplemente, de darle al texto lo que le falta —su medio de transmisión es muy pobre— para entenderlo.

Esta interpretación fónica del texto escrito, lo que se ha llamado la mediación fónica, es previa a cualquier otro proceso de recepción, porque tiene que ver con lo que tradicionalmente se ha llamado la descodificación del texto. Aunque el lector sepa identificar cada letra, cada palabra, aunque el lector conozca todas y cada una de las palabras del texto, su significado y su función, y aunque el lector tenga el suficiente conocimiento gramatical como para descifrar la complejidad sintáctica de las frases, no habrá ninguna descodificación del texto si no es capaz de agruparlas en grupos fónicos, si no es capaz de dar a cada grupo fónico su entonación apropiada, si no es capaz de dar una inflexión adecuada a cada acento de frase, si no es capaz de identificar ese acento de frase y, por tanto, si no es capaz de identificar las unidades nocionales del texto.

Desde luego la lectura silenciosa es muy deseable, pero ya sabemos que solo es silenciosa “por fuera” y que el lector está oyendo en su imaginación la voz fuerte y clara de lo que se ha dado en llamar, en términos técnicos, su *mediador fónico*, su “*leedor*” particular. En otros términos, podríamos decir que cada lector competente tiene un “locutor” particular que le interpreta el texto en su imaginación, pronunciándolo, recreando su entonación e identificándole las unidades. Ese locutor es al que llamamos *leedor*. También es cierto que sin esa mediación fónica no puede haber comprensión efectiva del texto. Es evidente, pues, que conviene trabajar la mediación fónica en las aulas de Secundaria como actividad simultánea a la lectura silenciosa individual; la lectura silenciosa supone la interiorización de la voz del *leedor*, así que primero hay que crear ese *leedor*. Si no hay *leedor*, no hay lector competente. Un lector torpe, incompetente, que no goce con la lectura o que no entienda lo que lee, lo es porque todavía no ha formado su *leedor* interior.

Realmente, debemos considerar que la lectura silenciosa es la culminación de un proceso que se adquiere, necesariamente, leyendo en voz alta. Una vez adquirido ese *mediador fónico* en las primeras etapas escolares y en el primer ciclo de la Secundaria, la lectura en voz alta tampoco debe desdeñarse como una actividad solo indicada para las fases iniciales de la lectura. En estas era una actividad imprescindible; pero en etapas de desarrollo más avanzado —en el segundo ciclo— es una actividad muy recomendable, como el mejor medio de conferir versatilidad, eficiencia y comprensibilidad a la actividad lectora global.

Ningún lector adquiere su versatilidad en silencio; tampoco ningún lector entra en un nuevo tipo de texto, o en un nuevo género, en silencio; es imprescindible entrenarse en la mediación fónica del nuevo género, del nuevo registro o del nuevo código. Por tanto, conviene seguir leyendo en voz alta a lo largo de toda la escolarización del alumno. Leer en voz alta no simplemente para descodificar, sino para integrar el discurso, para interpretar el texto con la entonación apropiada y darle el sentido que nos permita comprenderlo.

En cuanto a las orientaciones didácticas, ante todo, debe quedar claro que *leer en voz alta no es trabajar la lengua oral, sino la lengua escrita, y que no capacita para hablar, sino para leer*. Desde una perspectiva comunicativa, la lectura en voz alta debe tratarse como una microhabilidad de la comprensión lectora, previa al resto de las estrategias de recepción. El primer objetivo, pues, de leer en voz alta en Secundaria será, por tanto, la formación de eso que se ha dado en llamar *mediador fónico*, que no es otra cosa que la voz interior autorizada y versátil que el lector silencioso oye imperceptiblemente mientras lee. Oír para leer quiere decir que el lector debe aprender a *oír* el texto que lee para comprenderlo. Las siguientes consideraciones aspiran a ser meras orientaciones

didácticas de carácter muy general, que el docente puede llenar de contenido y concreción, y poner en práctica de modos muy diversos, en función de su contexto y de su estilo de trabajo:

1. La lectura en voz alta debe ser una *operación inteligente*, no un trabajo mecánico. No basta con leer de cualquier modo, sino que la lectura debe favorecer la comprensión del texto: y en primer lugar, la comprensión del texto por parte de quien lo escucha. En los ejercicios de clase, por tanto, solo tendrá delante el texto escrito el alumno que lo lea en voz alta. Los demás alumnos solo deben conocerlo a través de la lectura. Todo trabajo de comprensión del texto, así, requiere una lectura en voz alta atenta y eficaz, y los propios alumnos se encargarán de regular que así sea, por su propio interés.
2. La lectura en voz alta ha de ser un *ejercicio personal*, no un ejercicio grupal. Leer todos a la vez el mismo texto no permite crear una voz personal con una identidad propia, ni permite la interpretación inteligente del texto, ni facilita la comprensión de los demás, quienes también están leyendo-salmodiando.
3. Leer en voz alta, en cambio, sí es un *ejercicio colectivo*, en el sentido de que los demás alumnos deben entender lo que lee el alumno lector: la colaboración lector- oyente es parte esencial del ejercicio.
4. El *objeto de la lectura en voz alta* es (re)construir la entonación del texto, asignar las inflexiones tonales apropiadas a los acentos de frase y agrupar las palabras en grupos fónicos reconocibles y pertinentes, las diferencias de sentido que aporta cada una de ellas, y aprender a desechar las lecturas inapropiadas. De nuevo, se trata de un ejercicio colectivo.
5. La *selección de los textos* ha de ser adecuada al nivel de comprensión de los alumnos, obviamente, pero ha de ir un punto por delante: partimos de la idea de que la adquisición del mediador fónico facilita la comprensión, así que el texto que en una lectura silenciosa puede no ser comprendido por los alumnos debería poder ser leído en voz alta.
6. Los textos han de ser *significativos y/o funcionales*: textos que sirvan para algo, textos que signifiquen algo concreto. Es decir, leer frases aisladas o descontextualizadas puede hacer fracasar el ejercicio. Conviene leer textos completos de longitud idónea a la índole de la actividad que programemos.
7. El trabajo específico de *la puntuación del texto* permite entrar en los secretos de la arbitrariedad de la lengua escrita, y en las diferencias entre el oral y el escrito: aprender cuándo una coma es una separación lógica y cuándo es una separación de grupos fónicos; aprender la entonación correcta del paréntesis, del punto y seguido, del punto y coma y de los dos puntos; ensayar las diversas entonaciones de los mismos signos de admiración; etc.
8. En Secundaria lo que conviene trabajar en la lectura en voz alta es la *versatilidad del mediador fónico*: cambiando de géneros, de registros y de códigos: ensayar o entrenarse

para leer ciertas cosas distintas. No muy lejos de este tipo de ejercicios está la dramatización de textos teatrales. Atención: conviene dramatizar, en realidad, todo tipo de textos, incluidos, por supuesto, los meramente informativos y los estrictamente objetivos —dramatizar” en el sentido de “interpretar”, dejando al margen la expresión corporal—.

9. Son actividades de lectura particularmente eficaces las de *cambiar un texto sin cambiar una sola palabra* —con una lectura en voz alta alternativa, con otra entonación, con otra voz o con otro estilo—; cambiar el género del texto cambiando su lectura —leer un poema como si fuera un informe, un informe como si fuera una narración, una instrucción como si fuera un poema, etc.—; leer textos ambiguos para desambigüizarlos de diferente manera, etc.
10. La lectura en voz alta trabajada sistemáticamente en el aula permite *secuenciar* bien los textos que se trabajan, conocer siempre con detalle el nivel de lectura de cada alumno, poner en primer término la comprensión del texto, trabajar con textos diversos y con diversos géneros, e introducir los textos literarios en el aula con una funcionalidad evidente.

A modo de conclusión. Ya se ha dicho, pero insistamos: leer en voz alta no sirve para trabajar la lengua oral (leer en voz alta no es hablar, sino que es leer) y solo sirve para trabajar la lengua escrita. Pero habría que añadir que también sirve para trabajar la otra parte de la lengua escrita: la propia escritura. Así, la percepción, como es sabido, es previa a la producción, en todos los órdenes lingüísticos; también en la lengua escrita. La mejor escuela de escritura es la lectura, también es sabido. Cualquier mejora en la lectura del alumno repercutirá directamente en su producción escrita: solo se puede escribir lo que se puede entender. Cada vez que el alumno avance en la comprensión de textos más complejos, automáticamente avanzará en la producción de textos. La repercusión no es inmediata, sin embargo, sino que la producción siempre va un punto por detrás de la percepción. Pero la competencia lingüística en su conjunto comienza por la lectura y acaba por la escritura.

El uso lógico de los signos de puntuación, la construcción de cláusulas de cierta complejidad, o atreverse con un nuevo género de escritura son logros que solo pueden darse como resultado de una competencia lectora más desarrollada. La ecuación es muy simple: oír el texto permite entenderlo; acostumbrarse a entender los textos permite seguir leyendo; acostumbrarse a leer permite escribir.